



LOS SUEÑOS PREMONITORIOS DE DOÑA KAREN

Luko Hilje Quirós*

A manera de introducción

Aquellos que hemos tenido la inquietud y la fortuna de adentrarnos en las historias personales de quienes han dedicado su vida al estudio o a la conservación de la naturaleza, no cesamos de sorprendernos al hallar coincidencias, paralelismos o convergencias entre dichas personas, por encima de las barreras del espacio y del tiempo. Ello sugiere o hasta confirma, que hay una especie de llamado, íntimo y recóndito, que proviene más allá de la razón, en cuanto a este instinto o vocación por comprender la intrincada trama de relaciones existentes en el mundo natural o, al menos, por captar a plenitud las sensaciones que emanan de él.

Por esto, quienes elegimos las ciencias biológicas como campo de especialización, así como aquellos que sin instrucción formal se han dedicado a la conservación de la flora, la fauna y el ambiente en general, somos “bichos raros”, en el buen sentido del término.

Por eso mismo, no calzamos fácilmente en los esquemas o patrones con que algunos nos miran, juzgan o analizan. En tal sentido, a quienes nos observan desde el campo de las ciencias sociales o la historiografía, les cuesta entender y hasta aceptar que hay decisiones y motivaciones que obedecen a ese impulso interior y no a móviles políticos. Y en el caso de los extranjeros llegados a los trópicos, para ellos es casi axiomático que hay que indagar si los motivos para viajar o establecerse son de carácter colonialista. ¡Como si todo siempre obedeciera a maquinaciones o conspiraciones de algún poder exógeno y los viajeros fueran simples marionetas de ese poder!

Por tanto, a quienes así piensan y analizan la historia de las ciencias naturales, se les sale del libreto de sus preconcepciones una figura como el alemán Alexander von Humboldt, quien por un lustro, entre 1799 y 1804, exploró junto con el francés Aimé Bonpland gran parte de nuestra América por el gusto de hacerlo y además, con fondos propios, pues disfrutaba de una cuantiosa herencia materna.

Asimismo, cabe acotar que el botánico danés Anders S. Oersted residió en Costa Rica entre 1846 y 1847, donde recorrió gran parte del país recolectando plantas, gracias a sus propios recursos. Unos años antes, en 1839, fue Emanuel von Friedrichsthal, aficionado naturalista que laboraba como primer secretario de la legación de Austria en México, quien estuvo apenas de paso pero hizo importantes herborizaciones. Y, poco después de Oersted, en 1848 nos visitaría el botánico polaco Josef von Warszewicz, quien a sus especímenes vegetales -sobre todo orquídeas- sumó colibríes, anfibios y reptiles; esto lo hizo a título propio, tras abandonar un proyecto belga establecido en Guatemala.



*Profesor Emérito. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). luko@ice.co.cr

En la misma tesitura, a inicios de 1854, arribarían a Costa Rica los alemanes Karl Hoffmann, Alexander von Frantzius y Julián Carmiol, quienes debieron dedicarse a su profesión de médicos los dos primeros y de maestro-jardinero el último, para en su tiempo libre cultivar sus afanes de naturalistas.

Sin la intención de ser exhaustivos -al respecto, el interesado puede consultar nuestro reciente libro “Trópico agreste”-, la lista se puede ampliar con exploradores como el botánico alemán Otto Kuntze, de muy breve pero productiva estadía, más el alsaciano Augustus Endrés y el alemán Helmuth Polakowsky, también botánicos. Este último vino en 1875, contratado como profesor de secundaria en el Instituto Nacional, como lo serían en 1886-1887 los suizos Paul Biolley y Henri Pittier, para los futuros Liceo de Costa Rica y Colegio Superior de Señoritas; a ellos se sumarían después su paisano Adolph Tonduz y el alsaciano Carlos Wercklé, llegado por cuenta propia. Por último, en la primera mitad del siglo XX, tres naturalistas estadounidenses se establecieron en el país, de manera independiente: Austin Smith en Zarcero, Alexander Skutch en Quizarrá de Pérez Zeledón y Leslie Holdridge en Turrialba primero y en Heredia después.

¡Cuánto magnetismo el del trópico! Los cautivó tanto, que dejaron atrás sus familias, amigos, afectos y bienes para, en esta nueva tierra, entregarse al estudio de nuestra naturaleza. Así que, no es de extrañar que en 1955, oriunda de las muy frías regiones escandinavas, una pareja de genuinos amantes de la naturaleza recalara en el muy caluroso litoral del Pacífico costarricense, para afincarse ahí para siempre.

Rebosante verdor frente al mar

De un matrimonio constituido por un sueco y una alemana y radicado en Ulricehamn, al oeste de Suecia, nació Nils (Nicolás) Olof Hugo Wessberg Geissler, el 15 de julio de 1919. No tuvo formación en ciencias biológicas, sino que eligió la carrera de militar, lo que le permitió ostentar el grado de capitán; como miembro de la Fuerza Aérea Sueca, había participado en la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente conoció en Dinamarca a Karen Mogensen Fisher, ocho años menor que él, nacida el 4 de agosto de 1926 y con quien se casaría en 1952; después de contraer nupcias, ella interrumpió sus estudios de administración de negocios y economía.

Aparte del amor espontáneo entre ellos, en realidad no los unió el afecto por la naturaleza ni la



conservación por los recursos naturales, sino otras cuestiones pues, a pesar de su juventud, ambos enfrentaban problemas de salud. En palabras de doña Karen, Olof “*tenía que entrenar a los otros oficiales para que estuvieran en buenas condiciones. Tenía mucho dolor en sus rodillas y un oficial no puede andar con bastón. Un amigo le dijo que él comía demasiada sal y mantequilla y que debía pensar un poquito lo que comía. Él cambió su dieta y se curó por completo*”. Por su parte, ella enfrentaba una seria afección de la tiroides, que parecía ser un mixedema. Por fortuna, lograron resolver sus respectivos problemas no con medicamentos, sino con dietas adecuadas, lo cual los condujo a convertirse en vegetarianos.

Sería entonces la salud lo que los induciría a mudarse a un país tropical, como nos lo confesara ella en una conversación para el libro “Los viejos y los árboles”, que publicáramos con Wilberth Jiménez y Emilio Vargas; cabe acotar que el presente artículo se basa en esa extensa y rica entrevista, por lo que con frecuencia aparecerán en el texto, entrecuilladas, citas de doña Karen. Ella aseveraría que “*creo que es muy importante que mi esposo y yo fuéramos vegetarianos. Ser vegetariano en un país tan frío como Suecia o Dinamarca hace que uno tenga deseos de vivir en otro país donde haya muchas frutas, más sol y uno pueda bañarse todos los días*”.

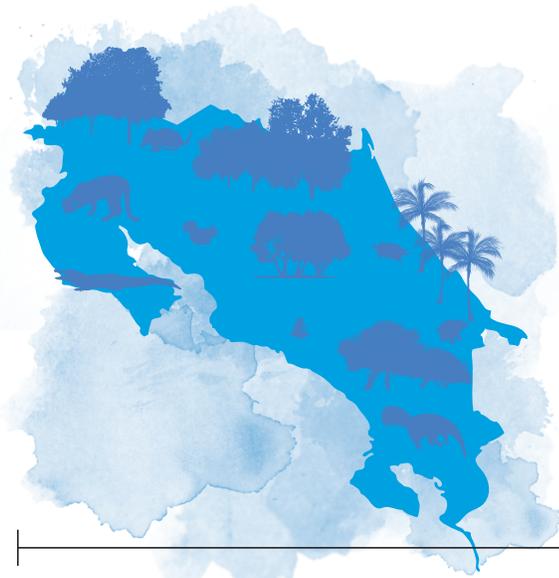
Pero a esta preferencia alimentaria se sumaría la afición de Olof por la naturaleza, quizás estimulada por su padre Hugo, quien laboraba en el campo forestal. En efecto, “*no era biólogo de profesión, pero tenía muchísimo interés en la biología, la fauna y flora. Él conocía los nombres en latín de todos los animales, no solamente de aquí sino también de África e India; pero no era suficiente que supiera*

los nombres de los animales en latín. Él decía: “yo tengo que saberlo todo”. Eso fue lo que nos motivó a venir aquí”.

¿Venir aquí, a Costa Rica? No exactamente, pero sí al trópico americano. Y en febrero de 1954 partían de Suecia, para nunca regresar. Exploraron la posibilidad de establecerse en Ecuador, donde un sueco tenía una plantación de bananos, pero no les satisfizo, por lo que subieron hasta Guatemala, donde tenían amigos; eran los tiempos posteriores al gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán, cuya filiación de izquierda le costó el derrocamiento, a fines de junio. Tras permanecer varios meses ahí, viajaron a California y México, donde “queríamos quedarnos pero era muy difícil, porque costaba mucho dinero. No sabíamos adónde ir. No queríamos volver a Suecia y Dinamarca por el frío y porque la vida allá era muy civilizada”.

Fue justamente en México donde una providencial noche ella tuvo un sueño premonitorio, que marcaría sus destinos para siempre. Nos lo relató así: “Algo que nunca he dicho antes: una mañana yo le pregunté a mi esposo si había tenido un sueño. “No, nada”, dijo él. Yo sí, soñé que estaba en Costa Rica, por la costa oeste, mirando sobre el Pacífico y viendo árboles enormes con flores iguales a las del manzano; eran robles de flores rosadas, como los árboles de manzana. Entonces le dije a mi esposo: “vamos a Costa Rica”. Al preguntarle si conocía nuestro país, replicó: “No, nada. Parecía que yo estaba sobre una isla; yo no sabía que en Costa Rica había islas, yo nunca miré los mapas”. Lo cierto es que visitaron nuestro consulado allá y efectuados con presteza los trámites, pocos días después un avión los transportaba aquí.

Arribaron en mayo de 1955. Tras visitar Golfito, en busca de un sitio apto para cultivar árboles frutales,

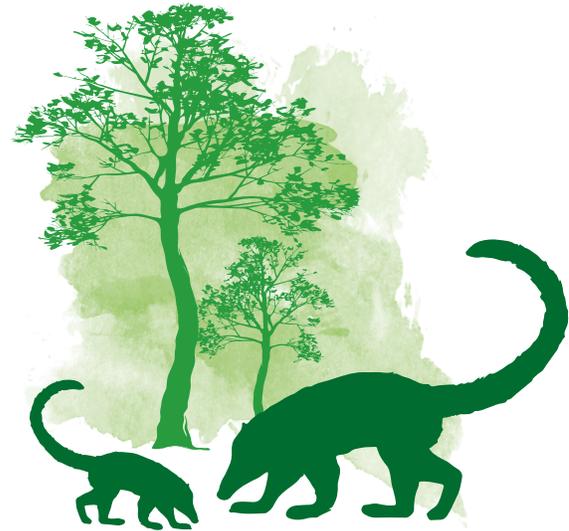
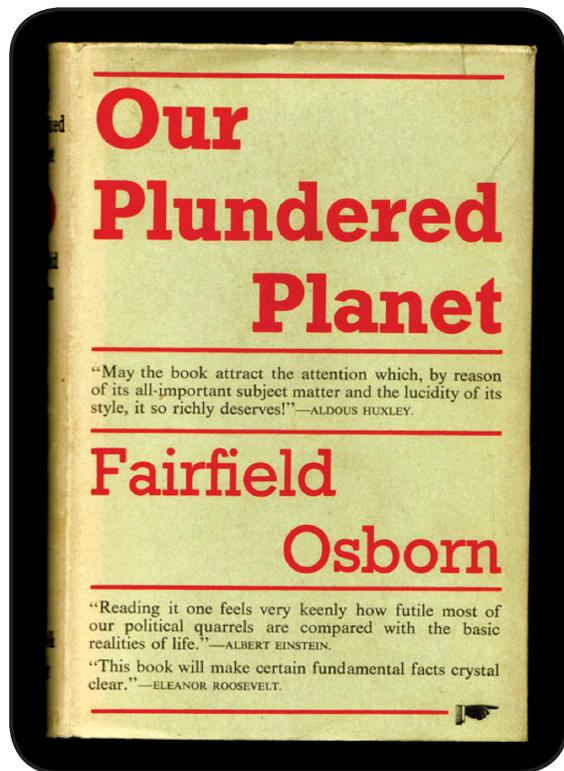


dos meses después habían adquirido el derecho de residir en Costa Rica y se establecían en las proximidades del golfo de Nicoya, primero en Puntarenas, en una casa que les prestó Federico Shutt, cartaginés de padres estadounidenses; por cierto, éste se casó con la maestra rural Julieta Valle y se asentaron en el actual Refugio Nacional de Vida Silvestre Curú, donde aún vive doña Julieta. De esta manera, habían “quemado las naves”, conocida expresión que en este caso se aplica con exactitud, pues fue un viaje definitivo y definitorio, ya sin retorno.

Así, con 36 años de edad él y Karen con 27, la pareja empezó a buscar un sitio para plantar frutales y emprender su nueva vida. Pudo ser un terruño insular, pero el exceso de zancudos abortó la primera ilusión, que era la de establecerse en la despoblada y hermosa isla Jesusita, donde Olof ya había sembrado algunos árboles. En contraste y como habían recorrido algunos puntos del litoral, “yo le dije a mi esposo que recordaba que en Montezuma no había ningún mosquito. Esa fue en verdad la razón por la que nos decidimos por Montezuma, porque aquí no hay mosquitos ni aún en tiempo de lluvia. De verdad ya no hay mosquitos aquí”. Así que, gracias a la ausencia de zancudos, ellos decidieron anclar sus sueños en el extremo de la península de Nicoya.

Afincados ahí a partir de finales de agosto de 1955 y morando de manera desaprensiva en un rancho con techo de paja, estas criaturas cuasi silvestres se fusionaron con la naturaleza misma, espléndida en su rebosante verdor, para disfrutar de una vida apacible, entre el rumor del mar y el cultivo de árboles frutales entre la montaña, más la producción de miel de abeja. De carácter sereno y amigable, ambos vivieron en plena armonía con sus pocos vecinos, con la naturaleza y sobre todo, consigo mismos.

Doña Karen remarcaría que “no era el amor a los animales lo que nos motivó a venir. Sin embargo, después sí hubo más emociones y nos hicimos más sensibles a lo que pasa con la Naturaleza. Había un libro que se titulaba “El planeta explotado”, escrito por un estadounidense que se llama Osborn. Es fantástico, todavía hoy es muy actual; esa lectura nos ayudó mucho para comprender la situación en este planeta”. Ese libro, intitulado “Our plundered planet”, del biólogo y ambientalista Henry Fairfield Osborn Jr., fue publicado en 1948 y traducido al español como “Nuestro planeta saqueado”. En realidad, ellos lo leyeron antes de venir a Costa Rica, de modo que traían el germen de la preocupación por el deterioro ambiental.



En el entorno de Montezuma, “nosotros vivíamos muy aislados, muy tranquilos. Nuestra única conexión era por lancha. Nadie tenía radio. Mucho menos periódicos. No sabíamos nada. [...] Era muy bonito. Entonces mi esposo comenzó a darle más importancia a la vida silvestre, a los monos, pizotes y todo”. Además, “no cortamos nada de bosque. Solamente aprovechábamos áreas que ya habían sido usadas y poco a poco desarrollamos más interés en los animales. Cuando llegamos aquí estábamos tan ocupados haciendo la casa y todo lo demás, que no teníamos mucho tiempo para andar o pensar en lo que había alrededor, pero poco a poco nos dimos cuenta de que estaban cortando los últimos pedacitos de montaña”.

Como buen sembrador, Olof se enteró de que “había zapote colorado silvestre en Cabo Blanco y él fue y vio qué linda era esa montaña, montaña virgen todavía. Volvió diciendo que todavía había bosque virgen allá y que había visto una gran manada de pizotes, pero que si iban a cortar ese bosque también, ¿a dónde iban a ir todos esos animales?”. Más allá del fruto buscado, cuyo nombre él consignó como *Calocarpum mammosum* en una publicación

divulgativa para conseguir fondos, aunque el correcto y actual es *Pouteria sapota*, esta incursión en la montaña fue una especie de revelación. En ese momento comprendió con claridad y convicción que, como morador de esa especie de paraíso a punto de desaparecer, tenía un ineludible compromiso ético.

Aunque una parte de esa área pertenecía al Estado, “la gente ya había comenzado a vivir allí y había pequeñas fincas. Desde la playa, lejos, se veía la gran selva virgen verde, verde, pero ya con huequitos, claros y eso no le gustó a mi esposo”. Por tanto, interesado y urgido por conservar esos parajes, “él había preguntado los precios y era muy barato. Nosotros no teníamos el dinero. Entonces decidimos escribir a algunos amigos muy ricos que teníamos en California, para pedirles que compraran, pues era muy barato y necesario que fuera salvado. Ellos respondieron que no podían tener tierra aquí, que cómo podrían defenderla desde allá. Nos sugirieron entonces que escribiéramos a algunas sociedades de conservación y nos mandaron las direcciones de Philadelphia Conservationists, The Nature Conservancy, Seattle Love y Friends of Nature”. En tiempos en que costaba bastante comunicarse y sobre todo desde esas remotidades, él actuó tan pronto como le fue posible.

Continuaba doña Karen diciendo que “mi esposo hizo un llamado muy enfático, muy emocionado. Dijo que para pedir ese dinero había que hacerlo sintiendo gran emoción por las cosas, porque muchas veces el dinero lo tenían muchas viejas viudas, de esas que aman mucho a su gato y que no les importa cómo se use. Lo importante era despertar la emoción de ellas. Entonces hizo un llamamiento muy dramático y todo el mundo respondió”.

Sin embargo, sobrevendrían las demoras y problemas. Relataba ella que, en efecto, *“todos respondieron positivamente, aunque dijeron que no mandarían dinero hasta que no se les enviara un plano, pero el gobierno de Costa Rica dijo que no haría ningún plano si no enviaban el dinero; eso duró tres años. Mi esposo tuvo que ir a San José veintitrés veces. Ellos seguro pensaron que estaba medio chiflado. Desgraciadamente, la gente en Cabuya se dio cuenta y todos se metieron en Cabo Blanco cortando árboles, porque pensaban ganar dinero con mejoras. Cortaron muchísimo en esos tres años”*. Irónicamente, gracias a la llamada “Ley de Informaciones Posesorias”, por entonces era frecuente que alguien derribara montaña virgen y adujera que eso representaba “mejoras” a una propiedad, por lo que obtenía beneficios del Estado.

Por fortuna, el anhelo de Olof cristalizó y la Reserva Natural Absoluta Cabo Blanco por fin fue creada, el 21 de octubre de 1963. Es decir, hace exactamente medio siglo se estableció la primera gran área protegida del país, gracias a este singular hombre y a Karen, a quienes tanto debemos, pues ello sentó firmes bases para el ulterior establecimiento de numerosas áreas protegidas (parques nacionales, reservas, refugios, etc.). Cabe aclarar que, aunque para entonces ya había algunas áreas protegidas en el país, éstas fueron creadas de manera más bien puntual, focalizadas en recursos naturales muy específicos, como las fuentes de agua presentes en las estribaciones del volcán Barva, los robledales de algunas zonas de la cordillera de Talamanca y el potencial turístico asociado con los cráteres volcánicos del país.

Un vil asesinato nunca esclarecido

Este extraordinario logro de Olof, cuando frisaba los 44 años, le confirió un importante prestigio como conservacionista en el plano internacional. Y fue así como, dada su relación con el Fondo Mundial para la Vida Silvestre (World Wildlife Fund, en inglés) como agencia donante, él los persuadió de no gastar grandes sumas de dinero en crear parques nacionales pequeños -como lo habían hecho en varios países-, sino más bien de gran tamaño y en áreas realmente críticas, donde la tierra era incluso mucho más barata.

Un ejemplo local era la península de Osa, que se había salvado del abuso humano *“porque donde comienza la península hay un área muy pantanosa y el mar es allí muy bravo. Por eso era muy difícil*



vivir allá y se había dejado silvestre”, en palabras de doña Karen. Por tanto, Olof se propuso documentar la importancia de esa zona, para convencer al Fondo Mundial para la Vida Silvestre acerca de la necesidad de establecer un parque nacional ahí; de hecho, hoy se sabe que es uno de los sitios más ricos en biodiversidad en el país.

Para ello, él se había propuesto efectuar un primer reconocimiento o inventario faunístico, en compañía de Karen. Este trabajo les tomaría entre tres y cuatro meses, por lo que hicieron los preparativos pertinentes, incluyendo la confección de camisas para él. Al respecto, narraba ella que *“como él era muy alto, tenía que hacerle camisas de manga larga, como hay tantos mosquitos allí. Aquí no había de su talla. A él le gustaban de color verde olivo. Tuve que hacerle seis camisas y era mucho trabajo. Entonces le dije que me sentía cansada, que por qué no esperábamos dos semanas más. La lancha venía cada quince días a Puntarenas. Él dijo: “No. Mejor yo voy en la lancha, para ver dónde vamos a vivir”*. Y, en efecto, zarpó solo hacia el Pacífico sur.

Para entonces era julio de 1975 y se marchó con la promesa de regresar para el cumpleaños de Karen, el 4 de agosto. Hombre cariñoso y formal, así como rigurosamente puntual, no podía ser que faltara a su palabra, a menos que algo serio ocurriera. Pero, *“él dijo que iba a regresar y no regresó”*.

Como ominoso presagio o premonición, su amada Karen afrontó tres sueños curiosos: *“Tuve un sueño en el que él vino en la oscuridad, con la lluvia, muy pálido, con gotas de agua sobre su rostro. Yo le pregunté: “¿Por qué vuelves tan ligero? ¿No te gustó Punta Llorona?” Él respondió: “Es muy frío”. También soñé otra noche con el camino entre San José y Golfito; era un camino lluvioso, muy raro.*

En otro sueño escuché que la gente decía: “Es Olof en el teléfono”. En aquel tiempo no había teléfono aquí, pero yo fui, tomé el teléfono y le estuve hablando. Yo de repente era muy poética; le conté cómo lo quería, algo que uno usualmente no hace en la vida real. Yo me sentí muy feliz. Entonces en el sueño lo vi venir; tenía una rama en las manos y la dobló sin quebrarla y me dijo: “Ahora se la doy a usted”. Claro, como él no vino me dio algo”. Algo no andaba bien.

Ante tanta incertidumbre, ella decidió actuar y voló de Cóbano a Puntarenas. Indagó en el muelle, pero no sabían nada. No obstante, en la Calle del Comercio una muchacha le advirtió que en la prensa se decía que Olof tenía una semana de estar extraviado en la montaña. Fue entonces cuando decidió volar hacia Osa, en una avioneta de las que daban el servicio a Cóbano. Con numerosas dificultades buscó y localizó al piloto y lo pudo persuadir de ir a Osa. Por fin, al despuntar el alba del día siguiente, junto con un hombre conocedor del lugar, se enrumbaban hacia el sur.

Al aterrizar en la playa, *“cuando llega un avión allá los jóvenes usualmente vienen corriendo, pero esta vez todo estaba en silencio y yo entendí que había pasado algo. Bajamos de la avioneta y llegamos a dos ranchos. Había dos muchachos muy callados. Me puse pesimista”*. En ese momento comprendió que nadie más, sino ella misma, sería quien debía emprender las pesquisas, por lo que *“contraté a unos baquianos para que me acompañaran en la búsqueda y ofrecí también 10 000 colones de recompensa. Un señor medio religioso y dos muchachos estuvieron de acuerdo en acompañarme para entrar a la montaña. Yo tomé la delantera. Por intuición me guié entre tantas sendas de árboles. En los bosques vírgenes el piso es limpio y los bejucos más bien están arriba”*.



El desenlace estaba por revelarse: *“Yo seguí avanzando. Al rato vi una cuchilla de Olof clavada en un árbol. Me detuve allí, junto a la señal y envié a los dos muchachos por sendas separadas para que buscaran alrededor. Había cerca una quebrada donde él podría haber ido a recoger agua. Yo esperé a la par del árbol con el otro señor. Poco después los muchachos regresaron y llamaron al señor. Él vino donde yo estaba y me dijo: “Señora, hemos encontrado a su esposo”. No había júbilo en su rostro. Supuse que algo malo le había pasado. Caminamos hacia el sitio y me pidieron que me acercara. Había solo huesos, ya dispersos y unos trozos de ropa. Por la cédula y las calzas dentales supimos que era él. Fue muy conmovedor todo. En el cráneo había un hueco”*.

Aunque se pensó que una rama grande podría haberlo golpeado y matado, al día siguiente a doña Karen le contaron que había sido asesinado. En efecto, cierto día, en estado de ebriedad, el papá del criminal lo había manifestado en público. Contactado el Organismo de Investigación Judicial (OIJ), los detectives arribaron una semana después para efectuar las indagaciones pertinentes y trasladaron los restos de Olof a la capital.

Poco después regresaron para capturar al asesino, quien ni siquiera se inmutó. Estaba presente la tenaz y valiente doña Karen: *“Lo escuché decir: “Tardaron mucho, hace días lo estaba esperando”. El muchacho no negó nada. Relató que cuando Olof se puso a observar unos monos tití, él le abrió la cabeza con un machete. Olof cayó hacia adelante y dio un grito. Para rematarlo tomó un trozo de madera y le golpeó la cabeza. Por eso tenía el hueco en el cráneo. Luego le perforó el corazón con la cuchilla de podar que tenía Olof. Declaró después que había matado “por impulso”. Creo que así buscaba que le descontaran la sentencia”*. Todo parece indicar que este sujeto no mató para robarle a Olof. Pero se ensañó con él, de manera desmedida.

Conmovida e intrigada, doña Karen fue a las oficinas del OIJ, donde manifestó a un alto jerarca que *“me gustaría mucho saber si el muchacho había recibido paga por hacer esto o no. Yo quería que se mandara un detective que hablara con su señora y otro que hablara con la gente donde él estaba trabajando, para sacar alguna luz sobre esta cosa tan rara y también saber si este hombre tenía amigos gringos”*. Esta última sospecha obedecía a que *“yo una vez estuve sola allá para traer semillas de aguacate silvestre y estaba esperando el avión en*

Carate, cuando un gringo se acercó para contarme sus planes de botar enormes cantidades de bosque y hacer grandes plantaciones de cítricos. Yo no puedo probar nada, pero me imagino que él pensaba que mi esposo era biólogo, porque yo le conté los planes de mi esposo de hacer un parque nacional”.

No es del caso relatar aquí todos los pormenores de tan desgarrador episodio en la vida de esta noble pareja, los cuales aparecen en la entrevista a doña Karen. Pero lo cierto es que la ayuda del OIJ no fue la que ella esperaba. El citado jerarca más bien se mostró evasivo y todo cuanto se logró fue una sentencia de ocho años de cárcel para el criminal. Asimismo, doña Karen tuvo evidencias de que podría haberse tratado de un complot, pues el asesino había seguido de cerca los movimientos de Olof antes de que se embarcara hacia Osa, al punto de que incluso iba en la misma lancha en la que él partió de Puntarenas hacia Punta Llorona. En síntesis y en palabras de ella, *“uno piensa que hay intereses muy grandes. No se puede juzgar, pero había algo muy raro”*. Sin embargo, optó por dejar las cosas así.

En medio del dolor provocado por el brutal crimen del fatídico 23 de julio de 1975, hubo una buena noticia, pues exactamente tres meses después, el 24 de octubre, el gobierno decretaba la fundación del Parque Nacional Corcovado, en la península de Osa. Es decir, la muerte de Olof de alguna manera fue el detonante para que cristalizara esta iniciativa, que ya venía madurando también el Servicio de Parques Nacionales.



COLOFÓN

A sus 56 años recién cumplidos, triste y hasta grave es decirlo, Olof se convirtió en el primer mártir conservacionista del país. Las evidencias aportadas por doña Karen sugieren que el asesino actuó como ejecutor de un plan urdido por otros. Y aún si esto no fuera así, Olof murió durante una faena relacionada con la conservación ambiental.

La cruda ausencia de don Olof marcó una huella indeleble en la vida de doña Karen, cuando estaba a punto de cumplir 49 años. Ya nada sería igual sin él, pues era una pareja que se complementaba de manera maravillosa, según testimonios de quienes los conocieron y trataron de cerca. En efecto, ahora que he podido observar más fotografías de ambos, en diferentes etapas de sus vidas, percibo que sus rostros irradiaban bondad, como plena expresión del sentir de sus corazones. Y es que, ¿cómo no extrañar a este espigado y enjuto hombre, de piel curtida por abrasadores soles, quien solía recoger flores en el campo y llevárselas a su amada, como muestra del indeclinable amor que los mantuvo unidos por 23 años? Así nos lo narró ella después de la entrevista que le hicimos, mientras sus pequeños ojos se humedecían de dolor.

En su viudez, para sortear dificultades económicas, doña Karen enseñó yoga e inglés en Puntarenas por unos dos años, pero algunas personas empezaron a asentarse en su propiedad, lo que la forzó a retornar a Montezuma. Fue entonces cuando decidió establecer un pequeño negocio de alquiler de cabinas, con lo cual pudo allegar algún dinero, que le permitiera sobrellevar una vida tranquila.

Delgada y con ropa liviana y blanca, como su corto pelo, más una permanente y contagiosa sonrisa, solía recorrer a diario el litoral, entre el cariño de los lugareños y de los turistas que la conocían y ahí permaneció hasta su muerte, víctima de un cáncer. Falleció a los 68 años de edad, en la madrugada del 7 de octubre de 1994. Desde entonces sus restos reposan al lado de los de su amado Olof -a quien ella más bien llamaba Nicolás-, integrados al humus de un segmento de la tierra que los acogiera 39 años antes.

Cerca del mar y en una pequeña colina sin marca alguna, las cenizas de ambos ocupan un espacio minúsculo del amplio territorio boscoso que ellos se propusieron proteger en el extremo de la península de Nicoya. Pero sus espíritus deambulan ingrátidos y etéreos por la vastedad boscosa y marina de esos lares, como seres tutelares de las demás criaturas

silvestres que cohabitan con ellos. Y además, tanto desde Cabo Blanco como desde la eternidad, continúan siendo un robusto ejemplo y una fuente de inspiración para quienes estemos dispuestos a nutrirnos de su silencioso, bondadoso y portentoso legado.

AGRADECIMIENTOS

A Lara Anderson y Jaime García, quienes aportaron valiosa información para este artículo.

REFERENCIAS

- Hilje, L. (2013). *Tropico agreste; la huella de los naturalistas alemanes en la Costa Rica del siglo XIX*. Editorial Tecnológica de Costa Rica. Cartago, Costa Rica. 868 pp.
- Hilje, L.; Jiménez, W.; Vargas, E. (2002). *Los viejos y los árboles*. Editorial Universidad de Costa Rica - Instituto Nacional de Biodiversidad: San José, Costa Rica. 425 pp.

